

DG 207

L5

N3

V.1

ES PROPIEDAD.



FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS

157117

Imprenta de la Viuda de Hernando y C.^a, Ferraz, 13.

TITO LIVIO.

Profunda obscuridad reina alrededor de este gran nombre, resultando de ella que el historiador de Roma no tiene historia. Una fecha de Eusebio, algunos detalles desparramados en Séneca y Quintiliano, algunas frases consignadas á la casualidad en las *Décadas*; esto es cuanto queda acerca de la vida de Tito Livio.

Nació en Padua en el año 695 de la fundación de Roma, cincuenta y ocho antes de la era cristiana. Dicese que tuvo dos hijos y cuatro hijas, y otros aseguran que solamente tuvo un hijo y una hija. Quintiliano dice que Tito Livio escribió para este hijo un tratado de los estudios de la juventud, recomendándole la lectura de Demóstenes y Cicerón. La hija de Tito Livio casó con un retórico que al principio tuvo muchos oyentes; pero según observa Séneca, más acudían por la fama del suegro que por el talento del yerno.

Tito Livio se dedicó á varios géneros de trabajos, habiendo escrito, según Séneca, obras filosóficas y diálogos, que tanto tenían de filosóficos como de históricos; pero su obra principal es la *Historia Romana*,

que empieza en la fundación de la ciudad y alcanza hasta la muerte de Druso; comprendiendo, por consiguiente, los anales de setecientos cuarenta y tres años. Esta obra constaba de ciento cuarenta ó ciento cuarenta y dos libros, de los que solamente han llegado hasta nosotros treinta y cinco.

Algunos pasajes de esta importante obra hacen creer que empleó en escribirla el tiempo que medió entre la batalla de Actium y la muerte de Druso (1); es decir, cerca de veintiún años. Publicaba á medida que la escribía las partes principales, y dicese que las leía Augusto; pero su amistad con el emperador jamás le hizo olvidar la imparcialidad del escritor. En lo que queda de su historia, solamente en dos pasajes nombra á Augusto, y lo hace con tal sobriedad de elogios, que contrasta mucho con la baja adulación de los escritores contemporáneos. Lejos de ocultar su admiración por los enemigos más encarnizados de los Césares, alababa públicamente á Bruto, Casio y con especialidad á Pompeyo, hasta el punto de que Augusto le llamaba bromeando *el Pompeyano*. Honrando esta independencia, encargó el príncipe la educación del joven Claudio, á quien aconsejó escribiese la historia. Tito Livio vivió con bastante familiaridad en la casa del príncipe; y si los suplementos son exactos, censuró al Senado por haber pagado mal los servicios de Octavio; excusó la muerte de Cicerón, diciendo que le trataron como él hubiese tratado á sus enemigos.

La independencia de este escritor fué grande y sincera, y mientras Horacio y Virgilio colocaban los prin-

(1) H. Taine.

cipes en el rango de los dioses. Tito Livio apenas les nombra en su historia, haciéndolo para señalar una fecha ó probar un hecho; no teniendo inconveniente en decir que ignoraba si el gran César había sido hombre útil ó perjudicial á su patria.

Si la historia escrita por Tito Livio no es la censura del imperio, es al menos el elogio de la antigua república, del gobierno libre y de las buenas costumbres. Complaciase en el relato de las acciones nobles y en el retrato de los grandes caracteres, como hombre que no era indigno de imitarlos. Algunas veces se queja con tristeza de la corrupción de su época, de aquella locura de juegos, á cuyos gastos apenas bastarían reinos enteros, y de aquel furor por sucumbir en medio del lujo y el desenfreno, arrastrándolo todo al caer. Sus máximas eran puras, y á lo que puede conjeturarse, á ellas ajustó su vida; siendo esto tanto más admirable, cuanto que vivió en época cuyas costumbres estaban profundamente relajadas.

Tito Livio recibió en vida extraordinarios testimonios de admiración. Plinio el Joven refiere en una carta que un español, después de leer sus escritos, emprendió el viaje, molesto y muy peligroso entonces, de Cádiz á Roma, únicamente por ver al historiador, regresando en seguida que realizó su deseo. Refiriéndose á esto, dice San Jerónimo: «Maravilloso es que un extranjero, entrando en una ciudad como Roma, no buscase en ella otra cosa que Roma misma.»

A este escaso número de datos se limita todo lo que se conoce de Tito Livio. Después de la muerte de Augusto volvió á Padua, donde murió á la edad de se-

tenta y seis años, en el cuarto del reinado de Tiberio y según se dice, en el mismo día que Ovidio *arguens abm*

En la obra de Tito Livio se encuentran escrupulosamente observadas las leyes de la verdad, tan esenciales en la historia, y su estilo es siempre elegante, levantado, variado hasta lo infinito, pero constantemente sostenido, sencillo sin humillación, dulce y á la vez enérgico, claro é inteligible. Sus narraciones, sus descripciones y muy especialmente sus arengas, son verdaderos modelos que hacen de Tito Livio el Herodoto de los latinos. Pero no por esto la historia que escribió está exenta de defectos, pequeños sin duda, si se tiene en cuenta la importancia del trabajo.

No encontrándose al abrigo de la crítica la historia tradicional de Roma; no teniendo igual valor todas sus fuentes; viéndose contradicciones, hechos inexatos, datos inciertos, como en todas las historias primitivas, hubo época en que se llegó á tal escepticismo que dijo un escritor: «Es necesario echar por tierra esa vieja novela;» fundándose especialmente en que no conociéndose la escritura en Roma en tiempo de los reyes, no pudo conservarse el recuerdo de los acontecimientos.

Esta afirmación la apoyaba en la autoridad de Tácito y de Tito Livio; pero desde luego puede asegurarse que ni uno ni otro lo afirman terminantemente. En efecto; el primero, al mismo tiempo que dice que Demarato llevó el alfabeto á los etruscos, asegura que el mismo Evandro dió las letras á los aborígenes ó sea á los latinos; de lo que resulta que las conocían algunos siglos antes de la época que señala á Rómulo. Dedúcese de esto que no hay bastante razón para consi-

derar á los etruscos como el pueblo de civilización más antigua en Italia, si ignoraba la escritura, cuando y desde algunos siglos antes la conocían sus vecinos.

Y no debe rechazarse como fabulosa esta tradición acerca de la antigüedad de la escritura en las inmediaciones de Roma; porque no ha mucho que en unas excavaciones hechas sobre el emplazamiento de la antigua ciudad pelásgica de Agila, encontróse un vaso en cuya base tenía grabado un alfabeto griego y en el centro un silabario en letras de la forma más arcaica de las que algunas pertenecen al alfabeto que los griegos recibieron inmediatamente de la Fenicia. Como Agila nunca interrumpió sus relaciones con Grecia, puede creerse que recibió de allí la escritura en cuanto la conocieron los griegos y que se habría adoptado finitímodo de lectura para favorecer la propagación. Así pues, en la época de Rómulo usábase en las puertas de Roma la escritura alfabética, y esto autoriza á creer que el conocimiento de las letras penetró en la ciudad que tenía interés en permanecer al nivel de sus vecinos, y en las que sin duda habría más de un pelásgo y un griego (1).

En cuanto á Tito Livio, es evidente que al decir que en aquellos tiempos eran escasas las letras, quiere significar que se escribía poco y concisamente; esto es, que no se conocía aún la forma literaria; pero esto mismo demuestra que se conocía la escritura. De que la escritura existía en la época de los reyes, daremos pruebas incontestables (2). El mismo Tito Livio cita

(1) Disertaciones de Lachmann.
(2) Disertaciones de Lachmann.

las Memorias de los pontífices y otros monumentos, así públicos como particulares, y cuando dice que perecieron la mayor parte, al mismo tiempo da á entender que algunos de ellos escaparon á la destrucción. En el mismo capítulo refiere que los tribunos militares que se nombraron en Roma en 367, cuidaron ante todo de buscar los tratados y las leyes que subsistían aún (las Doce Tablas y algunas leyes reales), publicando algunos documentos de estos y conservando secretos otros, haciendo esto los pontífices especialmente, porque querían sujetar al pueblo con el freno religioso. Este mismo medio empleó más adelante Vespasiano para reconstituir los archivos nacionales, destruidos por un incendio del Capitolio.

Cicerón en su *República* (1) parece que previene las objeciones á que daría lugar la historia de los primeros tiempos de Roma, contestando por modo brillante, aunque exagerando algo quizá la civilización de los primeros siglos de la ciudad Eterna. «Rómulo, dice, vivía hace menos de seiscientos años, en tiempo en que ya eran muy antiguas las ciencias y las letras, y en el que habían desaparecido los antiguos errores de una civilización naciente y ruda. Si según consignan los anales de los griegos, se fundó Roma en el año segundo de la olimpiada séptima, la existencia de Rómulo se remonta al tiempo en que Grecia estaba ya poblada de poetas y de músicos, siglo en que las fábulas contemporáneas hubiesen conseguido muy poco éxito. En efecto; establécese la primera olimpiada ciento ocho años después de la promulgación de las le-

(1) Traducción publicada en esta Biblioteca.

yes de Licurgo, aunque por equivocación de nombres algunos autores refieren la institución al mismo Licurgo. Por otra parte, los cálculos más recientes colocan á Homero por lo menos treinta años antes que Licurgo, de lo que puede deducirse que Homero precedió en muchos años á Rómulo. Así, pues, la instrucción de los hombres y las mismas luces de la época debían dejar entonces muy poco espacio á la ficción. La antigüedad pudo recibir fábulas hasta groseras á veces; pero esta época, culta ya, debía rechazar con burla toda suposición inverosímil.»

A los autores que cita Cicerón podrían añadirse otros muchos, como Hesiodo, los poetas cíclicos, Tirteo, Terpandro, Arquiloco, Alcman. En el siglo VII florecieron en el Mediodía de la Península Itálica los legisladores Zeleuco y Carondas. En el siglo VI, en tiempo de los Tarquinos, comenzó á aparecer la crítica de Homero, y por consiguiente la gramática y la filosofía del lenguaje. Algunos años antes florecían Solón, que compuso poemas, de los que se conservan fragmentos, y que dió á su patria leyes escritas que precedieron á las de Licurgo. En este periodo fundaron escuelas filosóficas Thales en Mileto, Pitágoras en Crotona, y los poetas como los filósofos elevaban los espíritus y ennoblecían las almas. ¿Cómo no creer que desde la Gran Grecia, donde aquel inmenso desarrollo literario y científico ejerció tan notable influencia, aquella fecunda civilización, no se extendiese al Lacio, cuando se sabe que la Etruria, tan cercana de Roma, no fué extraña á ella, abrazando en sus relaciones comerciales todas las costas del Asia Menor, de la Grecia, de las islas del mar Jónico y del Tirreno? (1)

Apenas habían transcurrido cien años desde la época que se asigna á la fundación de Roma, cuando Demarato, arrojado por la tiranía de Cypselo, se estableció en Tarquinia, donde enseñó á Italia el arte de pintar los vasos, fundando una colonia de artistas, á cuyo frente estaban Equires y Eugrammo, quienes sin duda debían estos nombres á su habilidad. «No fué, dice Cicerón en su *República*, un arroyo lo derivado hacia nuestras murallas, sino caudaloso río que nos traía á torrentes las ciencias y las artes de la Grecia... Habiendo tenido dos hijos de su matrimonio con una mujer de aquella ciudad, les intruyó en todas las ciencias, siguiendo el método de la educación griega.» Uno de estos hijos, Tarquino el Viejo, llegó á ser rey de Roma.

Prescindiendo de la influencia que la literatura griega pudo ejercer en Roma, mucho antes de la conquista de la Grecia, existen pruebas de que Italia tenía literatura completamente nacional. Que los etruscos la tenían, lo demuestra el discurso de Claudio y el pasaje en que G. Lydo habla de los libros de Tarzón. Y en cuanto á Roma, es imposible negar que desde los tiempos más antiguos tenía cantos populares, de los que se conservan algunos fragmentos. Sabido es que Fabio Pictor, á quien cita Dionisio de Halicarnaso, hablaba, refiriéndose á Rómulo y á Remo, de cantos nacionales que todavía repetían los romanos en su época. Pero estos cantos, de los que en estos últimos tiempos ha querido hacerse epopeyas ó ciclos, no fueron la única fuente en que pudieron beber los primeros escritores que quisieron quitar á la historia nacional la forma árida y seca que se le había dado hasta entonces en los *Ana-*

les de los pontífices. Los documentos á que pudieron recurrir eran más numerosos de lo que generalmente se cree, y brevemente los examinaremos.

Uno de los adversarios más decididos de la *Historia primitiva de Roma* admite que estas fuentes eran cinco: los grandes anales; las actas públicas; los libros de los magistrados; los *lintei libri*, que tal vez son los mismos anteriores; las memorias de las familias censoriales, que probablemente entran también en alguna de las categorías anteriores.

Pero esta enumeración está muy lejos de ser exacta. Las fuentes en que bebieron los historiadores de Roma más antiguos pueden clasificarse del modo siguiente: Anales de los pontífices; libros sagrados, rituales; cantos religiosos; *libri lintei*, *libri magistratuorum*, *censurum tabulae*; leyes reales, plebiscitos, *senatus consultos*, tratados, tablas triunfales, inscripciones, monedas, archivos de familias, imágenes de antepasados, actas civiles, cantos nacionales, monumentos, edificios, estatuas, reliquias, etc., archivos de los pueblos inmediatos á Roma.

A estas fuentes deben añadirse los documentos posteriores á la abolición de la monarquía ó quizá solamente á la toma de la ciudad, pero anteriores á la redacción de la historia, y son: actas del Senado, actas forenses, actas militares ó bélicas.

Examinados estos documentos, compréndese que tienen más importancia de la que generalmente se les ha concedido.

Los Anales de los pontífices, dice un notable escritor, M. Victor Leclerc, eran como tablas cronológicas, escritas primeramente en tablas de madera pinta-

das de blanco, en las que el pontífice máximo, quizá desde el primer siglo de Roma, pero al menos desde el año 350 al 623, ó poco tiempo después, anotaba anualmente, en estilo breve y sencillo, los acontecimientos públicos más notables.

Estas tablas, bien las dejasen sobre madera, bien las trasladasen á piedra ó bronce, no perecieron todas en la invasión de los galos, y conservadas con el cuidado con que atendió siempre Roma á los antiguos monumentos escritos, las consultaron para los tiempos anteriores Catón, Polibio, Varrón, Cicerón, Valerio Flaco y otros escritores, que Dionisio de Halicarnaso, Tito Livio, Quintiliano, Plinio el Viejo, Aulo Gelio y Vespucio tuvieron entre manos. También es probable, según Aulo Gelio y Servio, que se redujesen á un solo cuerpo, aunque no deben confundirse con otros muchos compendios que llevan el nombre de los pontífices. Conocer que con el tiempo pudieron disminuir, ser interpoladas, modificado su estilo, divididas en libros, como muchas veces lo han sido los textos antiguos, no es destruir su existencia.

En cuanto á la autoridad de estos *Anales*, las fábulas religiosas ó políticas que debían contener, á juzgar por los rastros que quedan, no son más maravillosas que tantas otras fábulas de las antiguas crónicas de todos los pueblos.

Los historiadores latinos han designado estos documentos con nombres muy diferentes; M. Leclerc ha demostrado que debían admitirse como anales de los pontífices las obras citadas con los títulos: *Annales pontificum* ó *pontificis*, *Annales publici*, *Annales marimi* y *Commentarii pontificum*, aunque este último tí-

ulo puede aplicarse algunas veces á libros de disciplina religiosa.

De los rituales de los pontífices (*libri pontificii*) tomó sin duda Tito Livio la fórmula del facial y del *pater patratus*, consagrando el tratado entre Alba y Roma, la del juicio de Horacio, asesino de su hermana, y la del tratado entre el primer Tarquino y los sabinos por la cesión de Colacia, fórmula que reproduce casi literalmente cuando tres siglos después el pueblo campanés y la ciudad de Capua se entregaron al Senado romano. De la misma fuente sin duda tomaron Varrón y Yuba, traducidos por Plutarco, la antigua historia de un romano que en tiempos del rey Servio, por medio de una estratagema, aseguró el imperio á su ciudad natal. Demuestra además que estos documentos tan importantes para la religión no perecieron en el incendio de Roma el hecho de citarlos Cicerón para demostrar que la apelación al pueblo existía en tiempo de los reyes.

Cuando, después de la marcha de los galos, un senatus consulto, dado á petición de Camilo, ordenó que se purificasen solemnemente todos los lugares santos que ocupó el enemigo, decidióse que para esta ceremonia expiatoria consultasen los duunviros los libros. Tratábase sin duda de los *sibilinos* ó *fatales*, libros misteriosos que los duunviros de los sacrificios iban á consultar por orden del Senado, y que después se confiaron á los decenviros y más adelante á los quindecenviros de los sacrificios, encargados de los juegos seculares.

Estos documentos debían pertenecer al número de los que escaparon de los estragos de los galos. El mis-

mo Tito Livio refiere que, á la noticia de la invasión de los galos, los sacerdotes y las vestales, ocupados únicamente en conservar todo lo concerniente á la religión, encerraron parte de los objetos sagrados en sepulcros de tierra cocida, enterrándolos cerca de la morada del flamin quirinal, y que distribuyéndose el resto, lo trasladaron á Cerea, donde buscaron refugio. Indudablemente entre los libros sagrados debían figurar en primer término los rituales, que formaban la fuerza de la clase patricia.

Entre los monumentos que escaparon de la catástrofe del año 363, en orden cronológico deben contarse los cantos de los *hermanos Arvales*, que pueden remontarse á Numa y tal vez á tiempos más antiguos, y de los que una copia en mármol, grabada en tiempo de Heliogábalo, según otras copias transmitidas de edad en edad, se encontró en las excavaciones que se hicieron para construir la sacristía de San Pedro; el himno de los Salianos, que debió conservarse de la misma manera, en el que Varrón reconoce los primeros acentos de la poesía de los romanos (*romanorum prima verba poetica*); considérase también como anterior á Numa, y que hasta para los mismos Salianos, según Horacio y Quintiliano, necesitaba explicación.

Tal vez deben colocarse en esta categoría los oráculos atribuidos á Marcio y á Publicio, aunque no se conoce bien su época.

Los *libri lintei* no debe confundirse con los *libri magistratuuum*, aunque, según parece, unos y otros fueron catálogos de magistrados.

Estos libros, llamados así por la materia en que estaban escritos, existían aún en tiempos de Licinio

Macer y de Tuberon, quienes los consultaron en el templo de Moneta para hechos de los años 310, 313, 318 y 320, y anteriores por tanto á la toma de Roma. Hay que advertir que el uso de escribir en tela de lino se conservó mucho tiempo, puesto que se encuentran libros de esta clase de la época de Aureliano: en el Código Teodosiano se hace mención de leyes escritas en *mappa lintæ* para exponerlas en toda Italia.

También escaparon los libros de los magistrados al desastre del año 363, puesto que el mismo Licinio se apoya en ellos para un hecho del año 309.

En cuanto á las Memorias de los censores, *ensorum tabula*, que los hijos recibían de sus padres y que cuidaban de transmitir á sus descendientes como herencia sagrada, Dionisio de Halicarnaso las cita al hablar de un censo que se hizo en tiempos del rey Servio Tulio; no porque en esta época hubiese censores, sino porque tal vez se depositaron en los archivos de esta magistratura los registros antiguos. El mismo autor las cita refiriéndose á un censo que se hizo dos años antes de la toma de Roma, sirviéndose de ellas para determinar el año de la fundación de la ciudad. También apela á esta fuente Polibio, y Varrón buscaba en estos documentos rastros de la antigua lengua latina.

Cuéntanse también entre los monumentos que escaparon á los estragos de los galos, las leyes reales, escritas en madera, piedra ó bronce, y que se recogieron después del incendio, como las de Numa, cuya existencia en los archivos públicos atestigua Cicerón en su *República*; las de Tulo, que el mismo escritor comprende en los comentarios de los reyes y cuya autori-